

ENCIENDEFUEGOS

Luis Carlos Muzzó

El amputado nombre de mi país

UNO

Nada de lo que escribo se parece a la noche, y todo lo que escribo se parece a la noche: la raza melancólica pasa inadvertida como barco fantasma que atraviesa, en tiempos que no existen, la bruma americana. Porque divulga su médula en tanto dique de luz que cae de bruces sobre tardes achatadas en los polos. Y los nombres que desgastamos al unísono como cuásares de la sangre, como cerdos de la dicha, como palabras hospitalarias donde pretendimos bóvedas para antes y después de las fiebres. Y en el Jardín del Dolor quebramos miles de botellas contra el vacío para inaugurarlos en una ceremonia de botamiento con palomas de carbón hecho celliscas.

DOS

Las plagas hincan su estandarte en la colina de mis huesos rajando las lenguas que orillan un redoble escarlata. Y es ajanía el hedor que nos subleva: lentas polillas devoran el vagón de tu cuerpo —la muerte es lugar de paisajes soberbios, contraescritura—. Y el asesino que cuaja entre mis costillas revienta en polillas negras y la noche invade los pulmones con parsimonia. Torna el muerto en estado larvario que me cuestiona, náuseas adentro. Torna el horizonte hendido anulando nombres. Torna el sur del futuro amurallándonos con cinta que dice no pasar.

TRES

Antes de la carne, las olas de Hokusai refutan la falacia de los disfraces: saben adonde se hallan las palabras que le faltan a mi voz. Y bajo una bandada de helicópteros, tendales improvisan el catafalco de tu padre cuando lo devuelves a una cicatriz del suelo. Y navajas letradas nos guarecen

del mal amor: las bestias cavan para sepultar nuestras voces en el orquideario. Si llevo tatuada tu voz, la escucho en zanjas que nos hebillan al deseo, porque tu voz anula el mundo —espoleándolo—.

CUATRO

¿Son los brotes, arisca lengua, arietes que cabalgan hacia la nada como astros desahuciados? Nada de eso te preocupa sino rozar la sangre antes de que coagule. Te suprimes, aire de babel, en barrios con ebría señalética. Danzas en nuestros sueños, duende de las plagas: cómo adensarse en abrazos postergados, en la voz que recuerda que ningún nombre es inútil si en el pantano anegado de cuerpos está el amor: para conjurar al demonio, a sus aguas amnióticas, avivas hogueras de palosanto en las azoteas.

CINCO

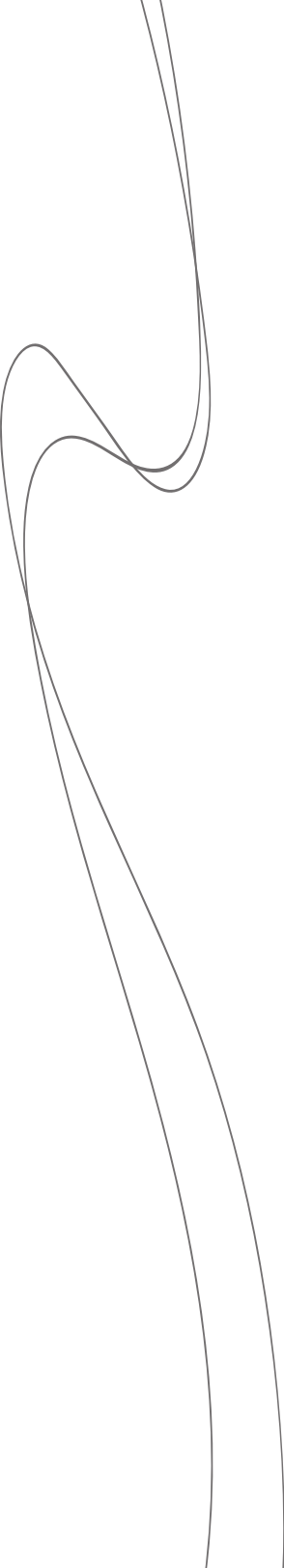
Mi voz, dentro de ti, se agita, pautada, pero nuestras voces se oponen como bestias heráldicas, como ataúdes aparcados en los soportales. Mi voz, dentro de ti, quisiera ondear, infinita, tornar las serpientes de tu cabello en lenguas histéricas, pero pienso el amputado nombre de mi país: oscila el mío con amuletos esquizos en letrinas cavadas durante el invierno, y las estrellas nos infestan en lenguas forasteras, relinchando sobre tu bello pómulo. Porque en la peste está la dictadura de la pleamar, la negrura en la que atracan navegantes ciegos, porque en el pantano anegado de cuerpos está el amor: vas tras él como escarabajos tras su bola de estiércol durante

SEIS

A cada muralla, en el clamoroso silencio de zarzas trenzadas con alambre de magnesio, adquieres el gesto del que habla a la vera de las ruinas de un río. El tren que somos zigzaguea sobre rieles de viento. El tren que somos se incorpora a las constelaciones indudables. El tren que somos se descarrila para olvidar del todo su nombre. Del tren que somos nos apeamos —agujero negro recién develado—: con los nombres expuestos nos pensamos entre las astas de un ciervo malherido.

SIETE

Liberas a los mastines del deseo de sus bozales, porque a cada jornada concierne menos el edicto de las palabras. Y una escuadra de halcones se asoma al abismo igual que cuando



los nombres me hablan en lenguas muertas y despeñan ladrillos de adobe: más certero que el abandono de amapolas de agua, que la oquedad de la muerte, que la zanja cuarteada en mitad de este desierto mío.

OCHO

Enarcas la existencia como rama de la acacia en la que se posa el error de los leucocitos. Mi nombre, en tu voz, fagocita un reguero de renglones. Cómo derivar el texto de los muertos hacia el borde de una isla de desechos –plástico, latas de aluminio, madera postergada–, toda vez que las aves marinas colisionan sus teoremas paralelos al agua que migra, aunque la suya sea otra guerra, aunque el bulto que parpadea en sus gargantas sea el dialecto de la imago indiscutible –en la silueta ocre de los muertos–.

NUEVE

Se ve al cielo desde el Llano Chajnantor en el desierto de Atacama, se lo escruta desde Mauna Kea, desde el Observatorio de Arecibo y el de Pingtang. Millones para el personal, para la infraestructura, pero no instalo paneles ni empino detectores de luz para buscarte. Con ojos cerrados en este otro desierto, te ansían los arneses de mi sangre. Y mis dedos quebrados sangran luz porque las mitades no existen. Llamas le llamas a esto que somos. Y un río clausura la muerte en mis ojos como quinqué de luciérnagas. Y se yergue un ángel de hielo clandestino. Y un caballo de madera ingresa a mis adentros.

II. Nos improvisa un diente de león

UNO

Nada de lo que escribo se parece a la sangre, y todo lo que escribo se parece a la sangre. Los nombres que construimos –uno a uno–, durante las fiebres como palabras inhóspitas a manera de túneles angostos, se arrastran en estaciones simultáneas rumbo a la ceguera. Y en el lento resuello de los muertos, la helada achata las noches en el ecuador mientras la niebla triza las estrellas afantasmadas: nuestros barcos surcan el jardín de las fiebres antes de ser bautizados por nuestra inmensa soledad en su ruta hacia la inanición.

Dos

Improvisas un diente de león que sobrevuela la maleza de mi sombra: asilamos los ceibos escritos en nuestra noche. Y ruidosas hebras alucinadas marchitan las amapolas. Y demoras la caída del sol, y acaparas la infancia que nos resta en el vértigo de los espejos. Donde el exterminio proviene de las luminarias y la ebriedad, de las hélices de la oscurana. Improvisas puentes levadizos hacia la desnudez rotunda de ti, de vos, de nosotros. Improvisas talismanes inútiles para nombrarnos.

TRES

En el nombre que expones a las bestias carroñeras hay gestos que dejan ver -celosía- las manos de tu madre cuando fabricaban la lumbre. En la carne que te sostiene del vértigo hay instrumentos de medición que inclinan los nombres que perdimos de noche: el eclipse en que fracasamos suena a épicas monedas en mis fronteras. Porque entre el miedo y las insignias se derrite la escarcha. Porque los insectos que nos infestan son la muerte antes de la muerte. Porque tu cuerpo resiste a la noche. Porque tu nombre no termina de empezar en las gargantas luminosas.

CUATRO

¿Cuán lejos nos disuelve el álgebra de la noche? Porque el derecho de asilo subraya los poemas de la víspera. Y una gota de aceite destruye los rituales: las palabras taraceadas al borde de tu sexo -enciendefuegos- nos eslabonan para las islas durante la noche crecida que eres. Y qué hay del vértigo como amuleto del terror: ¿explora lápidas que me deletrean noche abajo, hacia la infancia? Los señores de la guerra dejan a mi país en ruinas, colgando de un andamio. Y a través de un espejo americano ve la muerte sus pesadillas: regresa a sus asuntos, alienada.

CINCO

Porque estas manos baldías son cuenco para bebidas tristísimas, buscan parentesco con andanas que remolcan nuestro delta hacia la noche. Porque todos guardamos un órgano delator piel adentro y estridentes hebras de muerte retumban en labios de un ejército y tu voz derrumba mis murallas cabalgando esta ceguera: presiento un diente de león que vuelve después de volar sobre el mundo, es el mismo diente de león que solté en los aterradores años de la infancia y que ahora duda si estallar sobre mi mano o en mi cráneo sus asteroides negros.

SEIS

Después de la carne el oleaje reniega del mundo perfecto con sus máscaras: bajo una nube de gallinazos las sábanas no son tendales para secar pepas de cacao sino mortajas que improvisamos en cicatrices de la tierra desde Malecón hasta un zoológico en los pantanales. Porque ondas expansivas guarecen mi caja musical: los perros cavan para sepultar estas palabras. Porque llevo tatuadas tus voces, que retumban en trincheras que lastran universos afantasmados.

SIETE

Nuestra memoria se dobla sobre el estero como sauce que somete el cuello ante una cuchilla de jade al atrapar la neblina en un frasco. Teníamos ampollas grapadas a las manos, murallas de piel que inventaban consignas resueltas, teníamos el cuerpo ancho como un bosque sin el rostro preciso, como un barco de arena, como rompehielos en la espesa Antártida, como estalactitas en la lengua, como su cabalgadura de consigna musgosa.

OCHO

I

Y en una noche degollada por la luz, un ángel ciego posa el dedo índice en sus labios ligeros como el cráneo de un colibrí, junto al libro donde una manada de bisontes arrasa nuestros susurros de coral color cobalto. Posas la mano sobre esos labios suficientes, temeroso, igual que ante el corpulento percherón que derrota nuestra confianza -estrecha como espolones de una mantarraya surcando la lengua-.

NUEVE

Pueda que la muerte no tenga un porqué, que los perros dentelleen nuestra sombra, que dios sea la junta entre mar y firmamento, contraescritura. Y el océano de lengua porosa lacerará ideogramas en tu rostro mientras icebergs colisionen contra esta voz oblonga hincando su estandarte en la colina de mis huesos. Esta mano se extiende como lagarto a la vera del poema. Jauría de ceniza suspensa. Mar.

